Anales de Literatura Española,
number 32, 2020, pages 147-158

Research Article

«Solo quiero dejarme vivir entre las cosas»: compromiso como extraversión en Eduardo García

«I just want to leave me live among things»: engagement as extraversión in Eduardo García

Javier MOHEDANO RUANO

Authors:
Javier Mohedano Ruano
Universidad de Córdoba
jmohedano.averroes@gmail.com
https://orcid.org/0000-0001-7693-6751

Date of reception: 18-10-2018
Date of acceptance: 13-05-2019

Citation:
Mohedano Ruano, Javier, «"Solo quiero dejarme vivir entre las cosas": compromiso como extraversión en Eduardo García», *Anales de Literatura Española*, n.º 32 (2020), pp. 147-158.
https://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2020.32.09

Funding data:
The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:
This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.

Resumen

La presente investigación pretende demostrar, de una parte, que puede considerarse el compromiso político como una de las vetas del quehacer poético de Eduardo García; y, de otra parte, que su compromiso se aleja deliberadamente de los lugares comunes de la literatura política al uso para, desde posiciones estéticas y filosóficas radicalmente contemporáneas, alumbrar nuevas formas de ligazón con el mundo y sus retos. Así, la deslocalización de la mirada poética, el atemperamiento del sujeto enunciador, la mayor conciencia de la vulnerabilidad desde el redescubrimiento del cuerpo o una más generosa idea de comunidad que excede lo humano para abrazar la vida toda constituyen las bases de lo que hemos dado en llamar comunidad expandida y arte inmersivo.

Palabras clave: poesía; compromiso; literatura española contemporánea

Abstract

This research aims to demonstrate, on the one hand, that political commitment can be considered as one of the sources of Eduardo García's poetic work; and, on the other hand, that his commitment avoids deliberately the common places of political literature in order to illuminate new forms of connection with the world and its challenges from radically contemporary aesthetic and philosophical positions. Thus, the delocalization of the poetic gaze, the thinning of the poetic subject, the greater awareness of the vulnerability from the rediscovery of the body or a more generous idea of community that exceeds human to embrace

life in its whole, constitute the bases of what we have called expanded community and immersive art.

Keywords: poetry; commitment; contemporary Spanish literature

Parafraseando la excelente novela de Isaac Rosa, este es otro maldito artículo sobre el compromiso poético. Y sí, casi se impone una justificación previa, porque el análisis del maridaje de literatura y política, hasta hace no tanto casi en vías de extinción, después de los excesos de cierta sociología primero y de los cantos de sirena de la normalización democrática y de la clausura definitiva de horizontes revolucionarios después, en el último cuarto del pasado siglo XX, ha regresado redivivo y rejuvenecido de la mano de las réplicas que no cesan del 15-M y, más recientemente, de la irrupción de una ultra derecha que nos ha recordado que, como el dinosaurio de Monterroso, las ideologías seguían ahí.

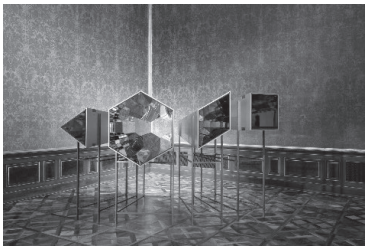
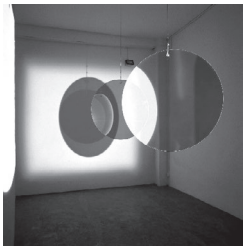
Que eso tan inasible en ocasiones que llamamos compromiso estético vuelva a ser actualidad implica dos riesgos que debieran ser conjurados: uno, el de forzar la lectura de los textos del autor que nos ocupa, Eduardo García, con el fin de que dijesen lo que nunca pretendieron decir, simplemente por colonizar un nicho académico de gozosa actualidad; y dos, dado que el arte político ha dejado de ser denostado para reivindicarse como patrimonio común y hasta señal de prestigio en las poéticas coetáneas, el de dilatar el marbete de comprometido tanto que, de tan laxo y generoso, se volviese irrelevante.

Pero, tomando las precauciones necesarias, también supone una oportunidad: la de volver a leer los poemas de Eduardo García desde un utillaje crítico y un bagaje experiencial renovados que se niegan a extirpar de la lectura una insoslayable dimensión comunitaria que otorga sentido y condiciona expectativas y prácticas de escritura y lectura. Entre otros, por dos motivos: porque la historia reciente, particularmente la de nuestro país, nos ha mostrado modulaciones y vivencias heterogéneas de lo político, felizmente desamortizado de instituciones y estructuras que lo habían secuestrado y casi caricaturizado; y porque, por contra, esa efervescencia de lo político recobrado ha derivado, en más de una ocasión, en cierta ritualización estéril, más estetizante que estética, de prácticas críticas o antagonistas. Es lo que se ha denominado *política folk* (Nick Srnicek y Alex Williams, 2017): centralidad de lo simbólico; naturaleza reactiva, no proactiva; desacoplamiento de pensamiento y emoción; o autorreferencialidad performativa (no hay objetivo específico o voluntad de futuro más allá de un acontecimiento que se justifica y se agota en pura contingencia y eventualidad). En otras palabras, política convertida en pasatiempo.

Por eso, la tesis (provisional y abierta) de esta breve investigación es:

- sí puede considerarse el compromiso como una de las vetas que, consciente y visible, si bien no uniforme, recorre el quehacer poético de Eduardo García;
- aunque la muestra quizás más reconocible sea *La hora de la ira* (2016), interesan aquí otras modulaciones anteriores, desusadas y menos obvias de compromiso, que evitan caminos trillados que, de tan transitados, devienen en gesto sin consecuencias, sin virtualidad alguna, y que, además, explican ese poemario (porque nos negamos a pensar que sea una *rara avis* en la producción de García, una excepción motivada por la urgencia o las circunstancias);
- y esas formas oblicuas de compromiso exigen, como trataremos de demostrar, una relocalización de la mirada que presupone y anticipa cambios de paradigma en la posición del sujeto poético, en la relación con ese afuera llamado mundo y, desde luego, en el modo en que representamos la interrelación de ambos.

Comencemos, pues, desde la mirada, a partir de estas obras del artista danés Olafur Eliasson: *Kaleidoscope* (2001), *Your welcome reflected* (2003) y *Your shared planet* (2011).

En su muy reconocible homenaje neobarroco, Eliasson retrata bien las derivas de nuestra aún bimembre cosmovisión occidental: un yo especular y amplificado, satisfecho en su prodigalidad icónica, de una parte; y un mundo atomizado, de continuo mediado y editado, que solo puede ser vivido de modo diferido, ya sea como reflejo o como trampantojo, de otra. Estas imágenes representan, a nuestro juicio, dos de los atolladeros en los que con frecuencia perseveró la poesía figurativa de segunda generación, hornada a la que pertenece Eduardo García, tras el agotamiento y fosilización del impulso inicial de «La otra sentimentalidad». En primer lugar, el bucle narcisista, un repliegue intimista que se acentúa a medida que se desrealiza el marco referencial del sujeto poético. Se produce una creciente interiorización y simbolización de lo urbano, de modo que la ciudad es cada vez más soñada o recreada que vivida,

más trasunto de presuntas galerías del alma que ecosistema de interrelaciones urbanas. Y, si se permite el juego de palabras, la politización de lo doméstico degenera en una indeliberada domesticación de lo político (no en todos los casos, ni con la misma intensidad, evidentemente). En segundo lugar, y como natural consecuencia, el segundo callejón sin salida consiste en una percepción/representación del mundo que es bien prolongación protésica de un yo siempre necesitado del consumo voraz de sucedáneos de sí mismo, bien juguete roto en mil pedazos que no se es capaz de volver a armar y cuya unidad prístina solo cabe evocar y lamentar. En cualquier caso, lo real se vive inevitablemente como pérdida o sustracción.

Y, a pesar de estos mimbres, la pulsión política se abre paso en el universo lírico de los primeros poemarios de Eduardo García. En sus textos inaugurales se dan cita la denuncia de los tiempos y espacios cosificados por el imperativo laboral y productivista; la crónica de la alienación y vaciamiento del sujeto (a menudo un *flâneur* que vaga a la deriva en un paisaje urbano recorrido por autómatas); o el desdibujamiento de los espacios públicos o de contagio (lo que obliga a la voz poética al refugio en el sueño). Se evidencia, por tanto, la irreconciliable fractura romántica entre lo ideal y lo real, entre sueño y mundo. Sin embargo, esta voluntad de compromiso parece limitada en sus potencialidades embrionarias: el repliegue intimista y el escamoteo del mundo antes apuntados lastran cualquier intento ambicioso de reconexión con el afuera que no se vea condenado, pese a las intenciones iniciales, a la claudicación o a la melancolía.

Así, en las páginas[1] de *No se trata de un juego* (1998), a modo de ejemplo, encontramos poemas tan reveladores como los que siguen: en «La vida está en otra parte» un cuadro se le antoja al sujeto poético más real y auténtico que su propia existencia, calificando de «dichosa» esa dimensión pictórica «donde nada sucede / donde el silencio es norma y la belleza» (81); en «Un hombre sufre» el verso «En el centro del mundo un hombre solo» evidencia que los vínculos con los otros, con cualquier idea de comunidad, están cortocircuitados (97); en «La lluvia en el desierto» lo cotidiano debe desbrozarse sin contemplaciones para que emerja «una emoción por explorar», «el hechizo de la luz» (103); en «Pájaros» los versos finales «Escuadrones del llanto enmudecido / solo son lo que son en mi mirada» señalan que cualquier representación de lo real está marcada por una casi irrefrenable necesidad de semiotizar (106); o, finalmente, en «Pero es dulce soñar» conscientemente se opta por el sueño como simulacro placentero de la vida (109). ¿Puede hablarse entonces de

1. Todas las citas poéticas de Eduardo García tomarán como referencia la edición de su poesía completa (2017), indicando solo las páginas de localización.

compromiso en esta obra primera? Sí, pero de un compromiso a la defensiva, desde el atrincheramiento en un mundo interior construido a medida, refugio y atalaya a un tiempo. Y es que la denuncia de la cosificación de lo real suele detenerse a las puertas del yo: no cuestiona los modos, lugares y propósitos de la enunciación poética, la naturaleza y centralidad de un sujeto dicente y de experiencia que es también sujeto ético y de responsabilidad. De modo que, por acción u omisión, la voz poética participa, en cierto modo, en la delegación/externalización del mundo, dado que no ofrece pautas al lector para su recuperación.

Es por eso que, desde ese momento, se impone en la escritura de Eduardo García una ruptura consciente que consiga zafarse del juego especular sin renunciar al logro que supone la conquista de la singularidad, tan cara a nuestro poeta, que desconfía de cualquier espejismo de despersonalización o pretendida objetividad inmaculada. Ese punto de inflexión apuntaría a un nuevo modelo de compromiso, en el que pasamos de su tematización a su interpenetración y dilución en las entrañas del texto, de modo que el poema se convierte en catalizador de nuevos paradigmas estético-vitales, que operan en el lector de modo insospechado. Este cambio de enfoque viene de la mano de una racionalidad no excluyente ni instrumentalizadora, fraguada en las reflexiones de *Una poética del límite* (García, 2005), en la que se hibridan, no lejos del magisterio de María Zambrano, razón asombrada e imaginación arraigada, en ataque frontal contra la obsesión taxonómica y binaria (los dichosos pares Ilustración/Romanticismo, Representación/Imaginación, Logos/Mito, Sociedad/Individuo). Esta racionalidad abierta a nuevas mitologías fundadoras de cosmovisiones superadoras de la inercia judeo-cristiana reivindica, frente a la creación como proyección –el mundo como excrecencia de un yo cuya esencia reside siempre en otro lugar, o lo real como prótesis de un humanismo expansivo (naturaleza subsidiaria del mundo)–, el símbolo de la malla o la trama (las metáforas de la liana, o de la casa en el árbol, como veremos a continuación). Esto es, una nueva narrativa de sentido que no se construye de espaldas al mundo y al cuerpo: no contra el mundo, sino en y desde el mundo. Se emprende así un remontarse río arriba en la construcción histórica de nuestra tradición intelectual, un desandar los caminos de la razón y subjetividad modernas, para tentar bifurcaciones antes desatendidas.

El apuntado cambio de rumbo y de ciclo, aunque puede rastrearse con anterioridad y siempre estuvo ahí, latente, agazapado, en la primera escritura de Eduardo García, se abre paso, pleno y convincente, en la tríada *Refutación de la elegía* (2006), *La vida nueva* (2008) y *Duermevela* (2014). A modo de síntesis, los aspectos que certifican ese cambio son los que siguen:

- Comparece el cuerpo: la imaginación, sensual, se densifica, y el sujeto enunciador, antes desanclado, arraiga en un mundo que no le es ajeno. Son buenos ejemplos la reapropiación no intelectualizante del propio cuerpo en «Despertar de la materia» (310), microcosmos bullente y autónomo, antítesis de la imagen habitual de lo matérico como inerte; o la relación osmótica y acompasada de sujeto encarnado y mundo en «Cuerpo» (348), donde se aspira a «dejar al cuerpo abrir sus puertas y ventanas».
- Junto a la preocupación por el tiempo tecnificado de los primeros poemarios –se insiste, como entonces, en la certeza de que los ritmos de la producción han fagocitado otras vivencias del devenir: las imágenes del reloj o el despertador en «Llamamos vida / a un desfile de dígitos gastados» en «Las pasarelas del deseo» (235)–, se produce la epifanía de lo espacial en todo su abigarramiento, sin el lastre simbolista de ser correlato o significante de un paisaje interior dado de antemano. Así, nociones como las de vacío, hueco, límite u oquedad, limitadoras y deslimitadoras a un tiempo (definen los contornos del sujeto, pero también su condición porosa, la inevitabilidad del contagio y la interacción), alumbran una percepción y representación del afuera plural y caleidoscópica que ya no es pretexto de maniobras reflectantes para mayor gloria de un yo desbocado.
- El reencuentro con un afuera no subsidiario o protésico también se hace patente en la aparición de lo esencial, es decir, de las partículas elementales, del germen de lo real primigenio, casi en un homenaje a las raíces de la aventura presocrática (las homeomerías de Anaxágoras), a lo matérico irreductible, no devenido aún artefacto: comparecen el agua, el fuego, la lluvia, «el vasto germinar de las semillas», «el silencio mineral», la piedra, o la dilución en lo elemental matérico de «La paz de las mareas» (244). También es significativa la experiencia de la liana: pura celebración del vínculo que «desborda la piel se encamina a un afuera / […] el hilo / vegetal que se arroja en el vacío y prende / palpitante entreteje nuestras vidas» (243). Se apuntala así una concepción reticular y solidaria de la existencia.
- Incluso se aventura un paradigma de comunidad que excede y desborda lo político convencional: la casa en el árbol. En el poema homónimo (245) se nos dice que en ella «obra el azar el don de los encuentros» –es vocacionalmente espacio para el contagio y la interacción, hibridación de intimidad y afuera, de cultura y naturaleza («casa y árbol fundidos, una sola criatura»)–, desde un discurso en el que lo espacial predomina

> nítidamente sobre lo temporal, la celebración de la presencia sobre su devenir agónico. Y, como decíamos, esta comunidad expandida lleva el compromiso más allá de lo político restringido a la polis humana, desde una generosidad ecológica que es también desplazamiento y asunción de lo periférico por parte del sujeto dicente. Paradójicamente, esa condición periférica es la que, abandonado el centro pantocrático, rompe el espejismo de la soledad autoimpuesta y hace perceptible y reconocible la trama solidaria de la vida. Se concilian, por consiguiente, las distintas dimensiones del éthos humano (yo, nosotros y mundo), anticipándose a lo que Antonio Campillo denominará sensibilidad cosmo-poli-ética, y que reseñaremos a continuación. Y todo esto, en definitiva, desde una mirada desalambrada, extravertida, sedienta de mundo, y no de sus simulacros o promesas, sean estas ultraterrenas o intradérmicas.

Esta verdadera catarsis de dentro a afuera, que reingresa a poeta y lector en el mundo, como quien regresa de un viaje astral, ha requerido de desplazamientos paradigmáticos que, siquiera brevemente, quisiéramos apuntar y apuntalar desde el punto de vista teórico. Ha sido necesario, en primer lugar, repensar lo político desde nuevos presupuestos ideológicos, en una línea muy cercana a la que defiende el ya mencionado Antonio Campillo en su *Mundo, nosotros, yo. Ensayos cosmopoliéticos* (2018). Su propuesta de compromiso cosmo-poli-ético trata de volver a «conjugar las tres dimensiones básicas de la experiencia humana» para recuperar la continuidad óntica y ontológica del ser humano con el resto de seres y con el mundo. Dice Campillo:

> Por un lado, la naturaleza circundante, que nos da la vida y la muerte, que nos sustenta y nos amenaza, que es a la vez nuestra cuna y nuestra tumba. Por otro lado, la comunidad de nuestros semejantes, que nos acoge y nos excluye, que es a un tiempo hospitalaria y hostil, es decir, que también nos da la vida y la muerte. Y por último, nuestro propio cuerpo viviente y vulnerable, que hace de cada uno de nosotros una criatura singular y efímera, dependiente de nuestro entorno natural y de la compañía de nuestros semejantes y destinada a configurar de uno u otro modo su propia subjetividad (Campillo, 2018: edición de Kindle).

Es esta continuidad la que determinadas prácticas artísticas han dinamitado, y la que, como tratamos de mostrar brevemente, restituye con acierto Eduardo García, de manera que el renovado compromiso es no sólo la reconstrucción de los vínculos entre la comunidad humana, sino también de la ligazón rota con el resto del mundo. Podríamos llamarlo, en consecuencia, compromiso expandido. La rehabilitación del afuera implica deshacer la identificación reduccionista de percepción e introspección (y, paralelamente, de conocimiento

sólo como auto-conocimiento), y apostar por la aprehensión desinteresada del mundo. Y por desinteresada queremos decir no obsesionada por hacer de cada cosa un signo (que acaba por remitir, indefectiblemente, al universo paralelo del yo absoluto). Porque la simbolización del mundo, como suele ser habitual en cierta (pos)modernidad, no puede hacerse a partir de su anorexia o embalsamamiento. La experiencia y representación de la continuidad propicia, entonces, el nacimiento de una co-conciencia en la que se es más yo cuanto más visibles son los nexos con el mundo y los otros. Se trata de un discurso poético, por ende, que no cortocircuita los vasos comunicantes entre palabra y realidad.

En esta restitución de una palabra poética situacional es también fundamental la irrupción del paradigma ecológico, tal y como lo describe estimulante y provocadoramente Timothy Morton en *El pensamiento ecológico* (2018). Más allá del ambientalismo convencional, Morton subraya la coexistencia y la interconectividad como rasgos definitorios: «La ecología está muy relacionada con la coexistencia. La existencia es siempre coexistencia. Ningún hombre es una isla. Los seres humanos se necesitan unos a otros tanto como necesitan un entorno. Pensar de manera ecológica no es solo discurrir sobre cosas no humanas. La ecología tiene que ver contigo y conmigo» (edición de Kindle). Justo lo contrario de lo que se afirmaba, por ejemplo, en «Un hombre sufre», de García. Por contra, el mundo es una extensa malla de interconexiones, sin un centro o un contorno determinados: es intimidad radical. La trama se erige por consiguiente en acertada metáfora de esta nueva cosmovisión, la de mundo reticular y polimórfico, visto como un afuera íntimo (o como una intimidad expandida). Consecuentemente, a una naturaleza sin agencia, paisaje cristalizado, la reemplaza una naturaleza agente, que necesitamos, pero no nos necesita; que es soporte de nuestro lenguaje simbólico, pero que no lo requiere para ser. Podría incluso aventurarse que el hallazgo de esta realidad animada constituye otra forma de llegar a lo que el propio Eduardo García denomina reencantamiento del mundo: recuperar la experiencia del misterio es precisamente acceder a las dimensiones de lo real negadas por las ópticas técnico-científica, de una parte, y egocéntricas, de otra. El misterio consistiría, entonces, en ver, vivir y compartir la experiencia de la trama. En cualquier caso, la actitud perceptiva ante esta red es la de la contemplación activa, no la introspección melancólica: la mirada desalambrada y extravertida de la que se hablaba antes. Y contra la tentación egótica, se insiste: «Nada existe por sí mismo, luego nada es plenamente «sí mismo». […] El pensamiento ecológico se imagina una aglomeración de extraños forasteros» (Morton, 2018: edición de Kindle).

En segundo lugar, asistimos al reseteo de las formas de vivir y representar la subjetividad: contra la hipóstasis del sujeto cartesiano se propone el equilibrio

entre lo individual y lo relacional. Acudamos ahora a *La fantasía de la individualidad*, de Almudena Hernando (2018): tomamos como referencia la distinción (y necesaria compatibilidad) que establece la autora entre identidad individualizada (posición de poder/control/conocimiento del mundo) e identidad relacional (la mayor sensación de vulnerabilidad/no control/desconocimiento fortalece los vínculos comunitarios, la idea de fraternidad). El nuevo compromiso requiere de un re-equilibrio de ambas dimensiones, presente en el giro estudiado a partir de *Refutación de la elegía*: menos identidad individualizada (sin negar la conquista de la intimidad y la soledad, a medida que el yo pierde la fe en las distintas promesas de proyección y propagación); más identidad relacional (sin caer en el gregarismo: es más conciencia de que no todo puede controlarse ni necesita ser controlado); y la suma equilibrada (y contradictoria) de ambas es lo que Hernando llama individualidad independiente o individualidad-en-comunidad, que no descansa únicamente en la fantasía de la razón, sino también en los vínculos: «la vida puede comenzar a ser pensada, porque son los vínculos y no la razón los que la dotan de sentido. Que es sentir lo que da sentido», afirma Hernando (2018:162). Se logra así la coexistencia, sin vencedores ni vencidos, de intimidad y pertenencia.

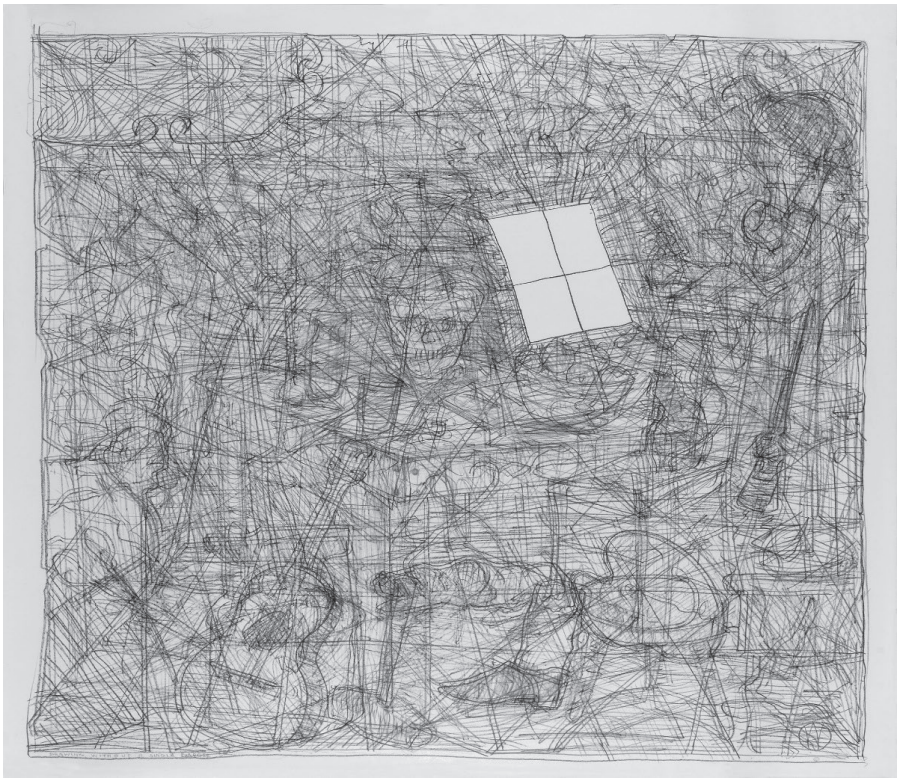
Y, en tercer y último lugar, este compromiso expandido requiere de un arte inmersivo en el que el lenguaje simbólico, rescatado de los discursos autosuficientes, se reubique en los territorios movedizos y menos pulcros del indicio y la huella. En este arte inmersivo debe darse una correspondencia y continuidad naturales entre tramas textual y vital; se subraya la naturaleza y vocación transaccional (y no sólo confesional) de la palabra, de modo que los discursos meta siempre deben tener billete de ida y vuelta; y las instancias o agencias de sentido se desplazan de dentro a afuera, del texto al mundo, del sujeto solipsista a un ser y estar en compañía: pasamos de la imaginación del espejo a la imaginación del asombro. Por otra parte, al arte inmersivo corresponde una actualización del lenguaje simbólico, que experimenta tres desplazamientos o dislocaciones:

a) del mundo como símbolo (semiotización de lo real) al símbolo como catalizador de una aprehensión más plena y poliédrica de la sintaxis de lo real (también podría hablarse de una reificación, en el sentido positivo del término, de la palabra);
b) del bosque de símbolos al símbolo en el bosque: como Hansel y Gretel, el símbolo tiene la obligación de dejar migajas para no perder el camino de regreso a casa, que es el mundo, su razón de ser;
c) del símbolo autodeterminado, cuyo paradigma textual es la espiral hermenéutica (no vivimos el mundo, lo interpretamos, y la escritura,

> empeñada únicamente en una idea del yo separada del mundo, ha perdido el camino de regreso a una casa que, de tan mediada, se antoja ya irreal) se transita a la huella o indicio, paradigmas semióticos del giro ecológico. Incluso, sólo acudiendo a las acepciones que el *DRAE* da de «huella» e «indicio» parece esbozarse toda una poética de reconciliación con el mundo: «fenómeno que permite conocer o inferir la existencia de lo otro no percibido»: contra la evanescencia de lo real, se convoca a las cosas de este mundo, no a las de otro, desde un simbolismo no evasivo; «lo pequeño y minúsculo, apenas percibido, que no acaba de manifestarse como mensurable o significativo»: la defensa de una percepción no cuantificable y segmentadora del mundo; o «seña, rastro, vestigio, impresión»: radicalmente sensorial, la palabra poética que aspira a ser huella requiere de un vínculo referencial que no se agota en lo textual.

En síntesis, y a modo de conclusión, la relocalización de la mirada en la poesía de Eduardo García permite una poética y poesía de la presencia (y/o de su huella) que es experiencia de la trama vital, y en la que teoría (mirada especulativa y distanciadora) y empatía (identificación y vínculo) se encuentran y acoplan nuevamente en el arte inmersivo. El poema aspira entonces a ser tanto instancia de un nuevo sentido mundano, como configurador de nuevos hábitats simbólicos integradores, siendo perceptible a lo largo de la obra de García una evolución desde el poema como experiencia de pérdida de la realidad (poesía del no, de la elegía, de la melancolía) al poema que se rebela contra la trascendencia endoscópica (ese «la verdad está aquí dentro», dándole la vuelta al eslogan de la mítica *Expediente X*). Puede hablarse incluso de una metafísica del arraigo, que de una parte niega una única experiencia de lo real, pero, de otra, no espera que su esencia, su razón de ser y estar, se encuentre en un más allá inaccesible (poesía del sí, refutación de la elegía).

Todos estos principios sostienen, en definitiva, un compromiso de nuevo cuño que cuestiona los modos de enunciación y de subjetividad, desde la atenuación del yo, un simple hacerse a un lado para abrir el campo; que equilibra los espacios de enunciación con los de atención y escucha, de apertura a la alteridad; que vive y representa la vulnerabilidad y la contingencia no de modo plañidero, desde la nostalgia de sujetos fuertes, autónomos, masculinos, sino desde la convicción de que la precariedad es nuestra condición, y la del mundo todo; y que tiene la certeza de que no hay mayor trascendencia que la conciencia compartida de la trama sináptica de la vida: el paradigma de un mundo sin centro, en el que la interdependencia compensa la sensación de intemperie y nos aboca a la fraternidad con otros y con el mundo.



Volvemos a una imagen para hacer visible y tangible, a modo de cierre, el compromiso de Eduardo García. Se trata de un dibujo de William T. Wiley, *Drawing Without a Single Purpose* (1980), que consideramos ilustra a la perfección el paradigma de la trama, porque en él se dan, contra la desmaterilización, la comparecencia de lo óntico; la apuntada continuidad ontológica entre ser humano, objetos y mundo, como un trasmallo que no apresa sino libera, y en el que no existen centro o jerarquía, sino feliz interdependencia; y, desde luego, la ventana como apertura a lo aún no sido, a las posibilidades todavía no alumbradas por la malla, como imaginación que reniega del espejo para instituirse en el asombro. Imaginación utópica y extravertida, pero familiar y alcanzable, como la deseara nuestro recordado poeta.

Bibliografía citada

CAMPILLO, A., *Mundo, nosotros, yo. Ensayos cosmopoliéticos*, Barcelona, Herder, 2018.

GARCÍA, E., *Una poética del límite*, Valencia, Pre-textos, 2005.

GARCÍA, E., *La lluvia en el desierto. Poesía completa (1995-2016)*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2017.

HERNANDO, A., *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

MORTON, T., *El pensamiento ecológico*, Barcelona, Paidós, 2018.

SRNICEK, N. y WILLIAMS, A., *Inventar el futuro. Poscapitalismo y un mundo sin trabajo*, Barcelona, Malpaso Ediciones, 2017.